

La acosté en el lecho con las precauciones de una nodriza y me instalé á la cabecera tendido en una *chaise-longue*.

Temía vagamente aun, el ataque de una enfermedad desconocida, una fiebre, un ataque al cerebro, provocado por la violencia de Angela.

Yo estaba materialmente anonadado.

Toda la noche estuve oyendo, con el corazón afligido, las casi ininteligibles quejas de Ana-María.

Desperté á Susana é hice llamar al doctor Charvet, mi inquilino del primer piso, que no se encontraba en casa.

Llegó á las seis de la mañana, reconoció á la enferma y no se atrevió á decirme su diagnóstico.

Sin embargo me tranquilizó afirmándome que no creía un peligro inminente y que era preciso esperar.

A las nueve, Ana-María parecía mejor y Susana velaba á su lado.

Me aproveché de esto para ir á la avenida Gabriel.

Angela me esperaba en mi gabinete.

XIX

Dí un paso atrás, con intención de retirarme.

Angela me detuvo con un gesto.

Estaba triste. La noche la había aconsejado. La irritación de sus ojos demostraba la ausencia del sueño, ó que éste había sido agitado y tal vez interrumpido por el llanto.

—Quedaos,— me dijo con dulzura.—Tenemos que hablar. ¿Dónde habeis estado toda la noche?

No contesté.

—Con esa muchacha, sin duda. Entre ella y yo, no habeis dudado. Es la más cruel injuria que habeis podido hacerme. En fin, la he sufrido... Ya comprendeis que entre nosotros todo ha concluido...

Permanecí mudo.

Ella suspiró.

— Yo no esperaba tan triste vida,— repu-

so;—pero comprendo que sinó nos hubiera sucedido ninguna desgracia, hubiéramos sido una excepción en medio de los demás... Esta casa contenía demasiada felicidad para una familia. Ahora el porvenir es sombrío si el pasado ha sido risueño. ¿Qué vamos á hacer?

—Lo que queráis.

—¿Cómo lo entendeis?

—Entiendo que sois dueña de la situación. Yo he cometido una falta, no lo negaré.

—Tened cuidado,—dijo.—Porque es de esas que un caballero no confiesa. Vuestra reputación está intacta. No habeis hecho nada contra el honor... ¿Qué creéis que pensará la sociedad?

Me encojé de hombros.

—Sí, ya sé—dije—que hay preocupaciones, preocupaciones absurdas, imbéciles. Es mejor engañar á su mujer con una duquesa horrible ó una joven rica, pintada, acicalada, que con una hermosa y pura criatura cuyo nacimiento y fortuna dejan que desear. Esas preocupaciones no las tengo yo... Las pisoteo.

—Demasiado me lo habeis probado.

—No formuleis reeriminaciones indignas de

vos. Vamos al objeto. ¿Qué deseais? Os doy mi palabra de honor de que si lo que exigís es siquiera posible, os daré sin aplazamientos ni discusiones alguna completa satisfacción. ¿Pedís que nos separemos?...

—No.

—¿El divorcio?

—Menos.

—¿Qué entonces?

—Quiero salvar nuestro honor. Este descubrimiento me ha sido cruel, Claudio, pero no olvido que hemos vivido durante quince años uno al lado del otro, el uno para el otro tal vez, y aunque todo ha concluido entre nosotros, llevo vuestro apellido... Ese apellido es honroso y quiero conservarlo. ¿No me acusareis de haberlo manchado en el pasado?...

—¡Angela!

—No lo deshonraré en el porvenir... ¿Amais á esa joven?...

—No me lo preguntéis!

—¡Ah! conozco demasiado la contestación que me espera... En fin, la amais. ¿La hareis sin duda vuestra querida?

—¡Angela, os suplico!...

—Es linda, más que linda... es hermosa... no

me había fijado en esto... yo soy, pues, la causa de mis desgracias... he sido imprudente... Pero razonemos... Sois generoso...

—Vos habeis tenido siempre la mano muy abierta.

—¿Adónde quereis ir á parar?

Angela murmuró con timidez:

—A que podriais... con una cantidad... con una gruesa suma si quereis...

—Comprendo.

—¿No es posible eso?

—No sé... pensaré... veré..

Angela repuso como hablando para sí:

—Y además hay una dificultad, lo comprendo; un lazo entre vos y ella; un abismo entre vos y yo...

Quedó un momento pensativa; por fin, con el corazón oprimido.

—Oid lo que os propongo—dijo.

—Os escucho.

—Debo deciros desde luego que he ocultado nuestra ruptura cuanto me ha sido posible. He corrido la noticia de que esa joven ha sido llamada con urgencia á su país, á causa de una defunción ocurrida en su familia.

—No la tiene ya.

—¿Qué importa? Nuestras gentes pensarán lo que quieran... Me parece imposible que no hayan sospechado nada... Vuestras relaciones datan de hace mucho tiempo...

—¿Para qué insistir?

—¿Para qué?—repitió con amargura.—No creéis que se encuentra á veces un goce en introducirse de nuevo el cuchillo en la herida? Yo obro así tal vez. ¿Fué el verano pasado cuando comenzaron?

—No me acuerdo ya.

—Sí, en Marnes ó Hennequeville, no estoy segura... ¡el afán de la sociedad me ha arrastrado, perdido! Hay detalles que me vienen á la imaginación. Esa pequeña, estaba pensativa y hasta triste, cuando no estábais allí. ¡En cuanto os presentábais, se transformaba! ¡Ya veis! ¡Tener por amante al barón de Chatel, al hermoso Claudio, al amo! ¡Qué triunfo!

—¡Oh! Os aseguro que no tiene por eso ninguna vanidad.

—Defendedla... Ese es vuestro papel. Yo la odio.

—Angela, os lo suplico, ocupémonos de

cosas serias. Os lo he dicho, ¿qué exigís?

—Yo no exijo nada... He aquí lo que os ofrezco. Para la sociedad continuaremos viviendo como hasta aquí.

—Sea.

—Ahoguemos en lo posible este escándalo.

—Lo deseo como vos.

—Nada, pues, parecerá haber cambiado en nuestra existencia. Yo me cuidaré de la casa lo mejor que pueda. En cuanto al dinero, dispondréis de él á vuestro antojo... No haremos alusión alguna á esta desgracia.. pero...

—Continuad.

—A partir de hoy, no habrá nada de común entre nosotros más que ese exterior destinado á sostener la opinión. Vos iréis libremente adonde queráis... Os ausentaréis... Yo no os pediré cuenta... Me comprometo á respetar vuestro apellido mientras lo lleve. ¿Es eso lo que vos podéis desear?

—Hablabais de generosidad hace un instante; vos sois quien da pruebas de ella en este momento.

—No es por generosidad por lo que me

conduzco así, es por prudencia y por egoísmo. Yo guardo de mi pasada felicidad todo lo que de ella puedo guardar.

En el momento en que la emoción iba á apoderarse de ella, se levantó bruscamente.

—¡Adiós—me dijo—sois libre, Claudio! ¡haced de esa chica lo que queráis! Enriquecedla... amadla; pero que su nombre no sea jamás pronunciado delante de mí. ¡La aborrezco... la aborrezco mortalmente!

Pasó cerca de mí.

Quise cogerla una mano.

La retiró con violencia y abriendo la puerta desapareció.

Quedé clavado en la alfombra algunos minutos, satisfecho de aquella resolución que nos libraba de un descrédito y parecía en resumen el mejor partido que podía tomarse.

Me senté en mi escritorio y contesté varias cartas atrasadas. Estuve cerca de una hora escribiendo.

Entró Fermin.

—El señor barón no ha pasado en casa la noche,—me dijo con la familiaridad que yo le permitía.

—En efecto.

—Es extraordinario... El señor barón no tiene costumbre de retirarse tarde y sobre todo de no pasar la noche en su casa.

Balbuocé algunas palabras explicando mi ausencia por una gran partida de juego en el círculo y terminé la explicación con estas palabras:

—¡Qué absurdo, es el juego!

Fermín me dijo:

—Al arreglar esta mañana el gabinete del señor barón, he encontrado en el suelo un papelito que puede tener su importancia... Se le habrá caído al señor barón.

—¿Qué papel?

Fermín levantó un candelero de plata sobredorada que estaba sobre la chimenea y sacó la carta anónima que yo había vuelto á meter en el sobre.

—¿No habeis leído esta carta, Fermín?

El pobre muchacho pareció escandalizado.

—El señor barón me causa pena con esa snposición, me dijo. El señor barón sabe que yo no miro jamás las cartas aun cuando estén abiertas.

—Teneis razón.

—¿No tiene nada que mandarme el señor barón?

—Nada.

En aquel momento me ocurrió una idea y dije:

—Sí, esperad.

Me preguntaba yo de dónde provenía la carta anónima que había encendido la pólvora y hecho estallar la catástrofe, cuando yo creía haber previsto tan bien todos los peligros y tomado mis precauciones.

Daba vueltas en todos sentidos á la carta. La letra era mala, desfigurada, sin duda; pero era letra de mujer, y de mujer poco acostumbrada á manejar la pluma.

Por otra parte, la redacción era torpe, embrollada.

Las ironías de Virginia me perseguían desde la aparición de la baronesa en aquella noche nefasta.

Mi inteligencia con Ana-Maria me había impresionado de tal modo, se habia hecho para mí una fase de mi vida tan importante que todos sus detalles me quedaban presentes en la imaginación con una precisión increíble.

Me acordaba de las menores palabras de la doncella, de sus alusiones y de sus puntadas.

Cuanto más reflexionaba, más me persuadía de que solo ella podía ser la autora de todo.

Mis gentes me querían: querían también á la baronesa.

¿Cómo podía ser de otro modo? No había servidores mejor tratados en ninguna casa de París.

Angela era loca, ligera y caprichosa á veces, pero toda corazón en el fondo.

Queríamos que todo el mundo fuese feliz á nuestro alrededor.

Después de haber examinado largo tiempo la carta, dije á Fermin:

—Hacedme el favor de ir á buscar á Virginia.

Fermin pareció un momento sorprendido por esta orden; pero no tenía costumbre de discutir mis órdenes, y salió.

Un instante después volvió, se separó para dejar pasar á la doncella y se retiró discretamente.

XX

Virginia estaba muy tranquila. Ningún temor se notaba en su cara morena y escuálida, de la que sus negros ojos, muy vivos, sepultados en profunda y acardenalada cavidad ocupaban una gran parte.

Aquellos grandes ojos brillaban como carbones en una caverna.

—¿Me ha hecho llamár el señor barón?— dijo con voz tan seca como su cara.

—Sí, sentaos.

Obedeció.

Una maligna sonrisa erraba por sus labios.

Abordé enseguida la cuestión.

—¿Virginia, podríais darme algún informe...?

—¿Acerca de qué, señor barón?

—De esto.

Desdoblé la carta y la puse sobre el escritorio, delante de ella.

Ni se puso eclorada, ni palideció.

Su cara no expresaba más que una sorpresa moderada.

—¿Qué papel es este?—preguntó.

—Es una carta que ha causado ya una gran desgracia y que causará otras tal vez.

—No comprendo absolutamente nada, nada;—dijo con aire desenvuelto.

—¿Queréis leerla?

—¡Sí lo permitís!

Se inclinó sobre el escritorio, pronunciando las palabras en voz alta, leyó la carta del principio al fin.

—Esto es una indigna maldad—dijo en seguida—ignoro de quien pueda ser, pero la persona está bien informada.

—¡Ah!

—Seguramente.

—¿Qué sabeis vos?

Me miró con aire en el cual había mucho de burlón y con el mismo tranquilo tono:

—¿El señor barón cree que todos los que le rodeamos somos ciegos?—dijo.

—Me habré equivocado.

—Por mi parte, no vacilo en convenir en ello. Hace mucho tiempo que estoy al cabo de todo lo que pasa.

—Me lo sospechaba.

—Me atrevo á decir que no ignoro nada de la intriga del señor barón con esa pequeña.

—¡Es verdad!

—Hasta puedo dar al señor barón un detalle que le probará mi completa discreción.

—¿Cuál?

—¿Se acuerda el señor barón de que Ana-María, á su vuelta de Bretaña, le reveló un hecho muy interesante para él?

—¿En el parque?

—Perfectamente en el parque, una noche. ¡Oh! yo no espiaba á esa pobre jóven y el señor barón puede creer que le respeto demasiado para ocuparme de sus asuntos... Pero yo estaba allí; tomaba el fresco. Os sentí venir y no me moví. ¿Es culpa mia si hablan alto cerca de mí? El señor barón debe hacerme la justicia de que no he desplegado los labios.

—En efecto.

Guardó silencio un momento.

Yo no estaba convencido de su inocencia.
Al contrario.

Había tanta sarcástica ironía en el tono con que hablaba, en su mirada, en el pliegue de sus labios, que no podía dudar de su aversión, de sus esfuerzos para hacerme daño.

Yo no conocía su letra.

—Oid, repuse; tenéis un medio de disculparos.

—¿Creeis que he sido yo quien ha escrito esta carta?

—Francamente dudo que no seais vos quien ha cometido esta infamia.

—El señor barón me hace poco favor.

—Escribid algunas líneas y veré... compararé.

—Ruego al señor barón que se fije en que no conseguiría nada con esa prueba.

—¿Por qué?

—Porque hubiera podido dictar la carta á un desconocido.

—Lo sé... pero escribid.

—Bueno.

La di una pluma y papel, y con presteza, sin más vacilaciones, trazó estas líneas:

«Yo soy quien ha escrito esa carta; yo

quien la envió á la señora, y todo porque odiaba al señor barón, porque le odio aún.»

Quedé estupefacto de tanta audacia.

No podía creer á mis ojos.

—¿De modo que habeis sido vos?—la dije, temblando de cólera.

—Yo.

—¿Y tenéis el valor de confesarlo?

—Tengo ese valor, en efecto.

—¿Sabeis que os es imposible imaginar nada más atroz?

—Lo sé.

—¡Ni más cobarde!

—Los débiles se ven obligados á servirse de los medios que están á su alcance.

—Sabeis que herís á una inocente, y que esa inocente pagará tal vez con su vida vuestra cobardía.

—Los inocentes pagan con frecuencia por los culpables. Además, esa chica es más feliz que yo.

—¿Por qué?

—Ha gozado del bien que yo he codiciado en vano.

—¡Reflexionad! ¿Qué daño os he hecho yo?

—El más cruel de todos, el que las muje-

res perdonan ménos. ¡Me he ofrecido y me habeis despreciado!

Me pasé la mano por la frente.

Me preguntaba por qué existen seres tan malvados.

—Desgraciada—exclamé.

No se sulfuró.

Aquella muchacha estaba tan glacial como los reptiles que son animales de sangre fria.

—Ruego al señor barón que no olvide que en este momento está en mis manos su reputación. Si yo quisiera, mañana sabría todo Paris que el señor barón ha sacado de casa á la doncella de la señora, ó mejor dicho, á una simple criada.

Hay grados en la gerarquía de los criados.

Virginia pronunció estas palabras con una dignidad soberana.

—Si me callo—concluyó diciendo—es porque el señor barón me quede aun reconocido.

Yo sabia ya de donde había partido el golpe.

Mis presentimientos no me habian engañado.

Este desastre resultó de uno de esos odios

femeninos que no miran los medios de que se valen para vengarse.

—¡Ah! creéis—dijo Virginia—que he olvidado vuestros desprecios, devorado mi afrenta. ¡Que error! Habeis sido poco prudente para ser como sois un hombre de talento, y me habeis hecho sufrir mucho, señor barón. Os llamaban *el hermoso Claudio* y erais, en efecto, un modelo de elegancia. ¡El azar os lo había facilitado todo! ¡Lo noté bien pronto!

¡El me colocó cerca del fuego como yo he colocado á Ana María cerca de vos!

Lo que yo he sufrido pensando en vos inutilmente, no necesito decíroslo. ¿Qué os hubiera costado mostráros complaciente y generoso con una pobre muchacha que os lo hubiera agradecido y hubiera hecho los imposibles por agradaros y serviros? ¡Es tan fácil ocultar esas aventuras que causan tanto placer y cuestan tan poco! ¡No habéis querido! ¡Habéis fingido no comprenderme!

Pasó el tiempo. Mi juventud desapareció; mi rencor quedó. Entonces imaginé una venganza muy sencilla. Busqué una joven, la más hermosa, lo más atractiva que pude encontrar; la introduje en vuestra casa, la co-

loqué á vuestro paso; la he cuidado, la he adornado con mis propias manos y me he dicho que llegaría el día de mi desquite. Ese día ha llegado, y, sin embargo, no sois digno de lástima. La señora baronesa está desesperada, la casa en desorden; pero os queda la otra, con lo que os faltaba, un hijo.

¡Y es á mí á quien se lo debéis!

Nuestras cuentas están, pues, arregladas, señor barón. No habéis querido á la doncella, á la verdadera doncella; habéis querido á la otra, la segunda, la recadista, la criada... la...

Dijo una palabra más insultante que las otras, é inclinándose con cierta burla, añadió:

—¿No tiene más que preguntarme el señor barón?

La imité y no me incomodé.

—No, la dije.

—¿Entonces, puedo retirarme?

—Como os plazca.

—¿El señor barón no me odia por esto he?

La medida estaba colmada.

La cogí por la muñeca oprimiéndola hasta hacerle daño.

No dejó de sonreír. El orgullo la sostenía.

—El señor barón—que es tan galante—se olvida de eso en este momento, dijo. Una doncella no deja de ser una mujer. Bien lo sabe el señor barón.

—Escucha la dije, obligándola arrodillarse delante de mí, has hecho más daño que tu crees y que el que querías hacer sin duda. Ana-María es víctima de una repentina enfermedad... el médico no sabe aun lo que sucederá. Ruega á Dios, si quiere oírte, que la conserve la vida por que si muere no daría yo dos sueldos por la tuya, no, en verdad, aunque tuviera que convertirme en verdugo yo mismo.

La solté.

Se levantó mirado con aire de compasión su brazo acardenalado.

—¡Esto es indigno—murmuró.—¡Una mujer!

—¡Tu no eres una mujer: tu eres una víbora.

—¿No teneis más que decir?

—¡Vete!

Se alejó lentamente, llegó á la puerta, y

cuando la hubo abierto, recobrando su audacia:

—El señor barón hace mal en tratarme así—dijo.—El señor barón sabe que es mejor tenerme por amiga que por enemiga. Que se presente la ocasión y el señor barón se convencerá de esto. ¡Hasta la vista señor barón!

Terminé de prisa mis quehaceres, puse mis papeles en orden y me dispuse á salir.

En el momento en que iba á atravesar la puerta cochera, me crucé con el portero de Ana-María que iba en mi busca.

—¿Qué ocurre?—le pregunté.

—El doctor os ruoga que vayais en seguida.

—¿Qué hay?

—La joven debe esta peor.

Era demasiado verdad.

Cogí un coche y me encaminé á la calle de Berri.

Subí á escape los cinco pisos.

Cuando llegué, encontré á Susana y al doctor al lado del lecho de Ana-María.

Esta deliraba cada vez más y el médico me llamó aparte para decirme:

—Señor barón, tal vez haya algún peligro.

—¿Qué creéis pues?

—Que una fiebre, cerebral sin duda, va á declararse.

—No se engañaba.

Aquella misma noche se presentaba la fiebre. Era imposible equivocarse.

Durante tres semanas no me visteis por el círculo.

Corrió la noticia de que yo viajaba por la Argelia.

Presa de las mayores angustias pasaba los días y las noches á la cabeza del lecho de Ana-María.

La desgraciada chica luchó entre la vida y la muerte.

La vida fué quien triunfó.